

cha Real) y Almería (El Ejido), y dos en la de Huelva (Valverde del Camino y Lepe). En el capítulo dedicado a cada uno de ellos se puede comprobar de nuevo el rigor metodológico de los autores pues, si bien existen algunas diferencias de matiz, los contenidos se organizan de manera muy sistemática, analizando en casi todos los casos la situación económica en la que se encuentra cada distrito, su historia industrial, las características específicas de las actividades industriales en las que se encuentran especializados (el cuero en Ubrique, el calzado y el mueble en Valverde, el dulce y la maquinaria industrial en Estepa, la mueble y el frío industrial en Lucena, el mueble en Mancha Real, la industria alimentaria y la química en el Ejido, y el entramado agrocomercial y su industria asociada en el caso de Lepe), la dinámica innovadora y, por último, el papel que están desempeñando los diferentes agentes, instituciones u organismos que actúan en cada distrito (oficinas locales de desarrollo, sindicatos, cámaras de comercio, ayuntamientos, asociaciones de empresarios, gobierno regional, etc), en la creación, promoción y sostenimiento de las redes necesarias para conformar los espacios innovadores.

Por fin, el cuarto y último de los bloques temáticos está compuesto por los capítulos doce y trece, en los que se da cuenta de las instituciones y de los organismos creados en Andalucía para apoyar y promover la innovación, al tiempo que se sistematizan algunas propuestas concretas para intervenir sobre el territorio. Propuestas entre las que cabría destacar el fomento de políticas de innovación y de transferencia de la innovación, la mejora de las fuentes de información, o la puesta en marcha de sistemas de ayudas o incentivos que no sólo contemplen los aspectos económicos, sino también otros relacionados con la cooperación empresarial o el fomento de entornos favorables.— GASPAR FERNÁNDEZ CUESTA

### *Población y territorio\**

Desde que Michel Foucault, con el vigor intelectual que caracteriza a su pensamiento, lo plantea hace ya

más de un cuarto de siglo, el estudio de los dispositivos de poder y de gestión de las poblaciones difícilmente puede hurtarse a las consideraciones espaciales, sea en términos de análisis estratégicos o sea en lo que hace a la restitución de las prácticas sociales. Con las indicaciones de lectura que ello supone, es en esa estela, paradójicamente más practicada entre nosotros por sociólogos, antropólogos e historiadores que por geógrafos, en la que hay que ubicar la obra de que aquí se da noticia, editada por Pedro Fraile, precisamente uno de los escasos geógrafos españoles frecuentadores expresos del pensamiento del filósofo francés.

El objeto manifiesto del volumen, que recoge las actas del último encuentro hispano-canadiense, es favorecer el encuentro interdisciplinar de diferentes estudiosos (geógrafos, historiadores, penólogos, etcétera) de diversos países (España, Francia, Canadá y Chile) en torno a la genealogía e historia de no menos diferentes discursos, estrategias y prácticas de poder y gobernabilidad en las que el espacio, como escenario o como envite, se hace presente. Es indudable que tal diversidad de miradas condena necesariamente a la obra a una cierta apariencia facticia y miscelánea (y, es claro, cualitativamente desigual en sus resultados), de la que el propio editor advierte en su presentación. Pero ello no obsta para que las nociones de poder (como algo más y, a la vez, menos que el poder político) o de espacio (como producto social, pero también como agente activo en la configuración de actitudes y prácticas) acaben vertebrando al conjunto de las colaboraciones, agrupadas en torno a cuatro núcleos problemáticos: el control de las poblaciones (inmigrantes, sociabilidad obrera, higienismo y saneamiento urbano), los aparatos policiales en espacios urbanos (en la doble acepción del término policía, es decir, represiva y gerencial), los espacios del encierro (de pobres, de delinquentes, de locos) y las políticas sanitarias (especialmente la asistencia psiquiátrica y la gestión de la restitución urbana).

Entre todo ello, y para el lector español, algunas de las colaboraciones presentan un interés especial. Así, por ejemplo, la de Bruno Ramírez («L'immigration, la société civile et l'Etat au Canada, 1900-1930»), por la lectura en paralelo que legítimamente puede hacerse con determinadas problemáticas españolas muy actuales, especialmente en lo que se refiere a la articulación entre demandas del aparato productivo y economía identitaria del nuevo nacionalismo. Por su parte, el trabajo de Ricardo Campos («Tabernas, sociabilidad obrera y control social en el Madrid de la Restaura-

\* FRAILE, P. (editor), Q. BONASTRA (coordinador): *Modelar para gobernar: El control de la población y el territorio en Europa y Canadá: Una perspectiva histórica*, Universitat de Barcelona (Geo Crítica: Textos de Apoyo), Barcelona, 2001, 336 págs.

ción») constituye una aportación muy solvente al conocimiento histórico de uno de los espacios cotidianos más caracterizados de la sociabilidad obrera de entresiglos (asunto que la Geografía española parece haber dejado, sin que al que firma estas líneas se le alcancen bien los motivos, en manos de los historiadores sociales), y que hubo de concitar entonces una agria y viscosa polémica entre, de un lado, las campañas antialcohólicas moralizantes (fuesen de estirpe burgués-regeneracionista o, por el contrario, de signo obrerista) y, de otro, las arraigadas y resistentes prácticas obreras de la ciudad, de la taberna al café económico, del *chigre* asturiano al *chacolí* vasco o a la *tienda de montañés* bajoandaluza, del merendero suburbano al café cantante o al *café de camareras*. También en el ámbito de la historia urbana (o más bien, en este caso, de la geografía histórica urbana), el capítulo firmado por Mercè Tatjer («Control municipal de la salubridad y de la higiene doméstica en Barcelona, 1856-1932»), armado sobre la abundante y erudita documentación que acostumbra la autora, aborda una problemática tan original como la del largo despliegue del control sanitario de las viviendas, a través de la consideración de las ordenanzas municipales y con un espacial énfasis, como cabía esperar, en los problemas de gestión de aguas (fuese en términos de abastecimiento de limpias o de evacuación de negras), únicamente abordado con eficiencia cuando, con el cambio de siglo, se dan cita el higienismo municipal (y no ya sólo, como anteriormente, gubernativo) y el inicio de la resolución de las poco menos que endémicas escaseces. De la vivienda al tejido urbano, la colaboración de Jesús Requena («Un nuevo espacio para un orden nuevo: La organización de servicios municipales de policía en la ciudad del siglo XIX», muy bien arropado por otros trabajos referidos a ciudades francesas o, sobre todo, canadienses), desborda con mucho el ámbito estrictamente barcelonés en el que se apoya documentalmente, para formular muy aguda y foucaultianamente todo un modelo de transformación de los paradigmas de control del espacio urbano con ocasión de la quiebra, hacia finales del primer tercio del siglo XIX, de los pobres dispositivos antiguorregimentales en la materia: tomando base en modelos militares y médicos (especialmente de control de epidemias), el nuevo dispositivo, implementado por las ordenanzas municipales y las policías urbanas, tendería a ir abandonando la concepción de la ciudad como simple escenario opaco, en beneficio de otra que la percibe como espacio reticulado, transparente y abierto a la mirada del poder, en el que la calle, por ejemplo,

habría de ir perdiendo su viscosidad social y cultural en beneficio de la mera circulación, y en el que la administración de las funciones tendería a prolongarse en ortopedia social, a través de la reforma moral (bien observable igualmente en el trabajo de Rafael Alcaide acerca de «El higienismo y la prostitución en la ciudad de Barcelona a finales del siglo XIX»). Es sabido que esa mirada panóptica —que (suponemos que) vigila, aunque no siempre, por interiorización, necesite hacerse presente— es la que hubo de servir de metáfora a Foucault para alguna de sus más celebradas elaboraciones, apoyándose para ello en las disquisiciones dieciochescas de Bentham. Pedro Fraile, por su parte, sugiere en su muy erudito trabajo («Los orígenes del panoptismo: El recogimiento de pobres según Miguel Giginta»), que el modelo benthamiano constituye, no tanto un punto de partida cuanto otro de llegada, por cuanto su formulación penológica, vinculada a la Ilustración europea del momento, no sería sino la racionalización *post festum* de toda otra serie de reflexiones prácticas que, en materia de gestión de la nueva pobreza resultante del inicio del capitalismo agrario, comercial e industrial, se habría desplegado en diversos países europeos desde los siglos XVI y XVII; y ello, tanto en tradiciones culturales reformadas (lo cual era bien sabido) como en culturas católicas (lo cual no lo era tanto), precisamente a la que pertenece, además de Vives, el también español Giginta, atrapado, incluso en su propuesta arquitectónica, entre la ortodoxia católica del espectáculo de la pobreza y, de otro lado, las exigencias epocales de su racionalización instrumental.

Y, para terminar, aquellos lectores, geógrafos o no, que se muestren sensibles ante reflexiones sociales que no involucren directamente instancias espaciales, harán bien en leer las muy sólidas intervenciones de Jean-Marie Fecteau («L'enfermement comme panacée: Sur l'institutionnalisation de l'assistance au Québec, 1840-1921»), con ribetes sumamente polémicos y de gran calado en relación con la dialéctica entre dispositivos disciplinarios y resistencia y reapropiación social por vía de las prácticas, además de con una novedosa propuesta de periodización del encierro en Occidente desde finales del Setecientos, y de Roberto Bergalli («Relaciones entre control social y globalización: Fordismo y disciplina, post-fordismo y control punitivo»), que constituye un muy documentado estado de la cuestión (penológico, sobre todo, pero también sociológico) acerca de los debates en torno a la noción misma de control social.— JOSÉ SIERRA ÁLVAREZ (Universidad de Cantabria)